

LA COLONIZACIÓN DE LA COSTA ATLÁNTICA DE PORTUGAL: ¿FENICIOS O TARTESIOS?

Martín Almagro-Gorbea
Mariano Torres Ortiz

LA CUESTIÓN DE LA COLONIZACIÓN TARTESIA DEL ATLÁNTICO

Una cuestión muy actual pero apenas debatida en estos últimos años es el origen de la colonización de las costas del Atlántico, en especial la zona Sur de Portugal hasta la desembocadura del Tajo.

Desde que a mediados del decenio de 1990 se empezaron a descubrir y publicar materiales de origen colonial fenicio cada vez más numerosos en los asentamientos de la costa atlántica de Portugal (AAVV 1993; 2001; Pellicer 1996; 2000; Arruda, 2002; 2005, 2005a; 2007; 2008; Mayet y Tavares 2000), a los que se asociaban los establecimientos en sus profundos estuarios, como el Sado o el Tajo, se generalizó interpretar estas poblaciones como resultado de la colonización fenicia.

Esta postura ha sido aceptada prácticamente sin discusión científica hasta convertirse en un *topos* generalizado, pero nunca se han razonado ni justificado debidamente los datos que permitían llegar a estas conclusiones, hasta las razonables dudas expuestas hace unos años por uno de nosotros (Torres 2005). Por el contrario, da la impresión de que la visión surgida del descubrimiento de la colonización fenicia de las costas meridionales de la Península Ibérica (Niemeyer 1982; Aubet 1994) llevó a suponer, sin más razonamiento ni discusión crítica, que la colonización de las áreas atlánticas portuguesas, descubierta unos decenios después, no era sino una continuación en el Atlántico del mismo proceso conocido en las costas mediterráneas. Por ello, puede sorprender que un reciente análisis del proceso de poblamiento de las áreas periféricas de Tartessos al analizar el caso de Medellín-*Conisturgis* y otros relacionados (Almagro *et alii* 2008; vid. *infra*), haya llevado a concluir que dichos asentamientos y sus hallazgos reflejan una ‘colonización tartesia’ en el pleno sentido de la palabra, lo que, aparentemente, modifica en profundidad las visiones hasta ahora generali-

zadas sobre la supuesta ‘colonización fenicia’ de las costas atlánticas de Portugal.

Esta cuestión exige comprender que el fenómeno colonial es un hecho complejo, polimorfo y progresivo, desde procesos exploratorios hasta asentamientos urbanos definitivos, lo que ofrece el riesgo de confundir unos tipos de procesos coloniales con otros y de simplificar hasta la deformación la visión sobre un proceso colonial determinado, que debe definirse a partir de sus propias características.

Además, en el término de ‘colonización’ hace referencia a dos realidades distintas. Una es la ‘colonización interna’, del propio territorio, para potenciar su explotación y obtener una producción agrícola excedentaria cuyo intercambio permitiera sostener a la población diversificada y especializada de artesanos y administrativos y elites sociales propias de la vida urbana, con sus consiguientes condicionantes socio-políticos (Almagro 1996, 67-68; Arteaga 1997, 102-103). Otra es la ‘colonización’ externa de territorios alejados, donde se fundan ciudades siguiendo el modelo de la ciudad originaria, fenómeno cultural que fue característico del mundo Mediterráneo del I milenio a.C. y que también se advierte en la cultura tartesia, aunque hasta hace poco ha pasado prácticamente desapercibido.

CIUDAD-ESTADO Y COLONIZACIÓN

Al mismo tiempo, también se debe tener en cuenta que estos fenómenos de colonización tartesia a la que aquí se hace referencia, sea interna o externa, se consideran como un aspecto relacionado con el propio concepto de ciudad en esas fechas, del que puede considerarse un fenómeno derivado, pues la ‘colonización urbana’ se debe interpretar como ‘una expansión demográfica urbana’, para diferenciarla de otros posibles sistemas de colonización, como la gentilicia. En efecto, es preciso valorar que los principales procesos coloniales en el Mediterráneo de la Antigüedad van asociados a la aparición y desarrollo económico, demográfico, social y político de la ciudad-estado, hecho fundamental, muchas veces olvidado u obviado, pero esencial para comprender las características de cualquier proceso colonial.

Por ello, es preciso tener en cuenta el proceso de urbanización orientalizante que condujo a la aparición en *Hispania* de las primeras poblaciones urbanas de tipo mediterráneo, de acuerdo con una tradición y características independientes de las del mundo clásico. Sin entrar un debate historiográfico que nunca se ha producido en profundidad, Aubet 1977-78, 106-107, ha defendido que en *Hispania* el urbanismo sólo aparece a fines del siglo VI a.C. en las poblaciones protoibéricas meridionales, mientras que las poblaciones tartesias del Período Orientalizante serían únicamente de carácter ‘protourbano’, opinión semejante a la defendida por Wagner 1986, 137-138 y 1993, 108, para quien los hábitats tartésicos orientalizantes serían urbanos, aunque según este autor el urbanismo no se basa en el tamaño de los asentamientos, ni en la planta de las viviendas de muros rectilíneos, ni en su jerarquización,

sino en la especialización espacial de asentamientos y viviendas que sólo aparecen en Huelva y Tejada la Vieja, centros para los que propone una no documentada ni explicada población mixta fenicio-indígena, que deja suponer la inexistencia de urbanismo indígena.

Otros autores han defendido que desde el Bronce Final existía una jerarquización de asentamientos que refleja una estructura política y económica del territorio compleja (Bendala 1989, 135 ss.; Campos y Gómez 1995, 150; Torres 2002, 274 ss.). Este proceso precede al urbanismo propiamente dicho, que se documenta en la aparición de arquitectura monumental pública y en la estructuración racional del hábitat, características urbanísticas que denotan la consolidación del fenómeno urbano, aunque éste, desde un punto de vista cultural politético, que es el que realmente define qué es la ciudad (de Polignac 1984; Rykwert 1985), no se define únicamente por la arquitectura y el urbanismo, sino que hay que valorar otros elementos, como el uso habitual de pesos, medidas y escritura como elementos que facilitan la redistribución y el intercambio reglado junto a instituciones que reflejan la compleja administración de la sociedad urbana.

El proceso de evolución desde una fase protourbana a otra ya urbana se constata en el Período Orientalizante tartésico de forma análoga a la Cultura Villanoviana en Italia a partir de fines del siglo VIII a.C., cuando ya se puede hablar de urbanismo plenamente desarrollado, si bien en continua evolución, urbanística y socio-política, con una tendencia a la isonomía que supone el desarrollo social y la consolidación de una 'clase media' paralela a la disminución del poder de la aristocracia (Damgaard 1997, 374-375; Steingraber 2001, 299). La existencia de dichas 'clases medias' ya ha sido planteada en Tartessos por Arteaga 1997, 107, quien propone, junto a aristócratas y clientes, la existencia de una 'mesocracia' formada por campesinos y artesanos, tal como pudieran reflejar necrópolis urbanas de tipo Medellín.

El carácter urbano de la ciudad tartesia se corresponde con el modelo de la ciudad oriental, no del mundo clásico greco-romano, como se manifiesta en las características técnicas de su arquitectura, como la ausencia de techos de terracota y, en el plano político, de monarquías sacras, como indican las tradiciones míticas tartesias y confirma el mismo Herodoto (Almagro 1996, 50 ss., 70 ss.) y la existencia de construcciones sacras de prestigio, como santuarios y *regiae*.

Sin embargo, el creciente contacto con el mundo colonial fenicio, y después con el griego, supuso un proceso de transición hacia una *polis* aristocrática, basada en familias de carácter gentilicio con sus clientelas junto a una población libre, probablemente basada en la redistribución de los bienes de subsistencia y con sistemas de gobierno de tipo tiránico, como debía ser el de Argantonio según Herodoto (I,164; cf. Almagro 1996, 48 ss.).

Estos elementos permiten considerar que en Tartessos se puede hablar de urbanismo plenamente desarrollado desde la primera mitad del siglo VII a.C., con un claro origen en el mundo colonial fenicio y cuyas evidencias más antiguas se documentan en torno al antiguo *Lacus Ligustinus* y la zona

costera de *Onuba*, desde donde debió expandirse por el resto del Mediodía de la Península Ibérica a lo largo del Período Orientalizante. La falta de excavaciones sistemáticas con buenas publicaciones impide conocer el desarrollo urbanístico tartésio, al menos en sus evidencias arquitectónicas, pero los grafitos indicarían un desarrollo urbano desde mediados del siglo VII a.C. en áreas periféricas como Medellín (Almagro 1977, 268 ss.), lo que supone su anterioridad en los focos originarios señalados de la Baja Andalucía.

Es interesante constatar cómo esta misma discusión sobre el concepto de ciudad y de su aparición se ha producido al tratar de definir el carácter de los asentamientos etruscos y de la propia ciudad de Roma y de otras poblaciones del Lacio. Las opiniones de los especialistas se dividen entre los que consideran que sólo puede hablarse de urbanismo cuando se inicia la monumentalización de los espacios públicos, que en Italia comienza a fines del siglo VII e inicios del VI a.C., y los que, al concebir más profundamente la ciudad con un sentido político, jurídico y religioso, consideran que éstas características anteceden a su monumentalización, ya que ésta sería el reflejo y materialización en los edificios y en el paisaje urbano de las señaladas instituciones (Cristofani 1990, 149 ss.).

Llama la atención que las características del urbanismo que definen tradicionalmente la ciudad en Etruria y en Roma aparecen antes en el Orientalizante Tartésico, pues desde fines del siglo VIII o inicios del VII a.C. se documenta asentamientos indígenas con murallas (Torres 2002, 291 ss.), casas de muros rectilíneos con cimentación de piedra (ibid., 299-300), arquitectura monumental en santuarios (ibid., 300 s.) y alguna posible *regia*, como el Cabezo de San Pedro en Huelva, cuyos muros de *ashlar* indican una verdadera arquitectura de prestigio de origen fenicio, que confirma que Tartessos seguía pautas urbanas de raigambre oriental, como ocurre en otros aspectos de su cultura. Incluso en Grecia existe cierto desfase entre el surgimiento de la *polis* como organización política, hacia mediados del siglo VIII a.C., y su materialización en reformas urbanísticas, que sólo se documentarían desde fines del siglo VI a.C., al generalizarse la monumentalización del ágora (Morris 1991, 40; de Polignac 2005, 45-46), aunque la planificación urbanística es anterior, como evidencia la colonia de *Megara Hyblaea* en Sicilia (Domínguez 2006, 277-278, fig. 8).

Así, los principales ámbitos culturales del Mediterráneo muestran un desarrollo social, económico y político hasta cierto punto similar, con las lógicas gradaciones debidas a las tradiciones regionales, a los diversos influjos recibidos según su posición geográfica y al desarrollo medioambiental y demográfico de cada caso. En especial, la dinámica demográfica y medioambiental fueron factores determinantes de estos complejos procesos de formación de la ciudad, junto a la intensificación de las redes de intercambio locales y a media distancia. Pero, finalmente, fue la intensificación de las redes de intercambio a larga distancia desde el Mediterráneo Oriental y el Egeo lo que dio lugar a un proceso colonial en parte potenciado por el desarrollo y la potencia demográfica de las ciudades-estado que iban con-

solidándose en dichas áreas, con los consiguientes cambios tecnológicos, sociales e ideológicos.

Este cuadro general permite comprender que la formación de la ‘ciudad-estado’ en Tartessos, perfectamente documentada desde inicios del siglo VII a.C. (Ruiz y González 1994, 218; Torres 2002, 275 y 291 ss.) como resultado del proceso acontecido a lo largo del siglo VIII a.C., debió suponer también la aparición de procesos coloniales, internos y externos, dentro del fenómeno general que se observa por esas fechas en las principales culturas del Mediterráneo.

LA ESTRUCTURA TERRITORIAL POLÍTICA DE TARTESSOS Y EL PROCESO DE COLONIZACIÓN

Las características urbanas de la Cultura Tartesia y la distribución territorial de sus ciudades-estado permiten constatar que las poblaciones ofrecen un ranking jerarquizado, que, al menos en las zonas periféricas, refleja un proceso colonial como consecuencia del desarrollo demográfico y las correspondientes tendencias expansivas (fig. 1).

El territorio nuclear que queda delimitado con mayor claridad es el situado entre el Genil al Este, el Guadalquivir al Norte y Oeste y el mar y las estribaciones más occidentales de la Penibética por el Sur. Esta zona corresponde exactamente al ámbito nuclear de los topónimos tartesios en *-ipo*, que, precisamente, parecen significar ‘ciudad’ (Villar 2000, 94, 115), territorio que coincide con el área de mayor difusión de elementos de cultura material tan característicos como las cerámicas con decoración bruñida interna (Torres 2002, 128 s., fig. VII, 2), de tipo Carambolo (ibid., 134, fig. VII, 4) y de tipo Lora (ibid., 145 s., fig. VII, 10).

Esta región nuclear aparece articulada en torno a dos grandes poblaciones a juzgar por su tamaño, *Hasta Regia* al Sur y *Carmo* al Norte. *Hasta Regia* se emplazaba en el estuario del *Betis* y orientada hacia el mar y la navegación, dada la supuesta liga o alianza con *Gades* a la que hace referencia Estrabón (III,2,2), quien afirma que en “*Hasta* los gaditanos se reúnen en asamblea habitualmente, ya que está situado a menos de cien estadios del puerto de la isla”. Además esta ciudad se halla junto a un estero, que el propio Estrabón (III,1,9) define como “zonas bajas cubiertas por el mar en las pleamares y que, como ríos, permiten la navegación hacia el interior y a las ciudades de sus orillas”. Todo ello indica el carácter y la orientación marina de *Hasta Regia*, que pudo compartir con otras poblaciones menores del estuario del Guadalquivir, como *Ebora* (Cortijo de Évora, Sanlúcar de Barrameda), *Nabrissa* (Lebrija), *Conubaria* (Las Cabezas de San Juan) o la misma *Caura* (Coria del Río). Este hecho facilitaría el desarrollo de una colonización tartesia atlántica (fig. 950), sin lugar a dudas realizada por vía marítima (fig. 935), cuya ‘metrópolis’ sería *Hasta Regia*, dado su mayor tamaño, su ubicación, su denominación de *Regia* y su presumible

anficionía o ‘alianza’ con *Gades*, como parece deducirse de la citada referencia de Estrabón (III,2,2).

Por el contrario, *Carmo* era una importante ciudad también regia, pero situada en el Valle del Guadalquivir, aunque mucho más cerca de la costa que en la actualidad, ya que se hallaba a escasa distancia de la antigua desembocadura del Guadalquivir y de las orillas del antiguo Lago Lagustino. Estaba orientada hacia una economía agrícola, al controlar la rica vega del Corbones, y comercial, al controlar la Vía Heraclea y la hoy denominada ‘Vía de la Plata’ (fig. 2), que unía todas las regiones occidentales de la Península Ibérica. Esta relación permite suponer su protagonismo en la colonización terrestre del Valle del Guadiana, hecho que confirman las semejanzas que ofrecen las necrópolis urbanas orientalizantes de Carmona y Medellín y que ratifican los movimientos estratégicos romanos entre *Carmo* y Medellín-*Conisturgis* en los siglos II y I a.C. (figs. 3-4, vid. Almagro *et alii* 2008: 1035 fig. 936-937, 1057-1058).

Más al Este, el siguiente núcleo urbano importante de Tartessos era *Corduba*, cuya importancia estratégica y riqueza confirman los hallazgos arqueológicos de la Colina de los Quemados (Luzón y Ruiz 1973; Murillo 1994, 200-216; León 2002-03) y las tradiciones escritas (Tovar 1974, 86 s.; *TIR J30*, 160-164). Su territorio queda identificado por topónimos formados con el prefijo *Ipo-* (Villar 2000, 105) y lo confirman algunos elementos de cultura material, como las cerámicas decoradas con botones de bronce (Torres 2001; 2002, 136 s., fig. VII, 6). Según estos parámetros, sus límites serían Sierra Morena por el Norte, la Penibética por el Sur y por la parte oriental las campiñas de Córdoba y Jaén, donde debía coincidir, aproximadamente, con la frontera de la Cultura de El Argar en la Edad del Bronce y la de la lengua ibérica en la Edad del Hierro (Untermann 1990, 1, 239 y 1990, 2, 639), frontera que también coincide aproximadamente con la de las provincias *Baetica* y *Tarraconensis* y con la frontera de los reinos árabes de Córdoba y Jaén que han cristalizado en las provincias actuales.

La más oriental de las ciudades-estado importantes de Tartessos debía ser *Castulo* (Blázquez y García-Gelabert 1994; *TIR J-30*, 140-141). Esta población era la cabeza de un amplio distrito minero y también controlaba las tierras del Alto Guadalquivir y el paso de la Vía Heracleia hacia el Levante y el Sureste, en transición hacia la Bastetania, mientras que hacia el Norte limitaba con la Oretania, cuyas gentes acabaron imponiéndose a la caída de Tartessos, lo que hace suponer que en sus orígenes pudo ser un asentamiento colonial tartesio de la primera fase de expansión.

Finalmente, entre las ciudades nucleares cabe incluir a Huelva, la antigua *Onuba*, cuyos límites debían coincidir con los esteros occidentales del *Lacus Ligustinus* por el Este y con el Guadiana como límite con el territorio de los cinetes en el Algarbe y Alemtajo por el Oeste (*OM 223*), mientras que por el interior debía extenderse hasta la sierra de Aracena.

Estos núcleos principales que estructuran el territorio de Tartessos podrían relacionarse con el mito de la *Heptarquía Tartesia* instituida por

Habis (Justino 44,4,13: [...] *et plebs in septem urbes divisa*), de las que las cuatro ciudades-estado citadas formarían parte. Más dudoso resulta decidir cuales pudieran haber sido las tres restantes. A juzgar por su tamaño, una pudo ser *Acinipo*, otra el asentamiento que ocupaba la Mesa de Gandul, quizá la antigua *Iripo* (Pascual 2003), y, con más dudas, *Astigi*, que acabaría siendo cabeza del convento jurídico en época romana. Esta interpretación de la estructura de Tartessos como una anficiónía o liga de siete ciudades mitificada en la citada *Heptarquía Tartesia* plantea la existencia de santuarios federales, que debían actuar como centros sacro-políticos de dichas ligas. En la actualidad, cabe señalar dos casos posibles, ya que ambos se han hallados vestigios del Período Orientalizante: uno es el de la Algaida, junto a Sanlúcar de Barrameda, de tipo y vocación portuaria; el otro es el santuario de Despeñaperros, probablemente relacionado con las áreas mineras y metalúrgicas de Sierra Morena, pero también pudieran haber tenido carácter fronterizo en época orientalizante los santuarios extremeños de Santa Lucía del Trampal y de Santa María de Bótoa, en el área extremeña.

COLONIZACIÓN Y POBLACIONES ‘COLONIALES’ DE LA PERIFERIA DE TARTESSOS

A los territorios tartesios nucleares señalados hay que añadir las zonas de colonización tartesia a distancia que documenta la Arqueología y la Toponimia (fig. 5, *vid.* Almagro-Gorbea 1990; 2004; Torres 2005; Almagro-Gorbea *et alii* 2008). Su origen debe buscarse en la creciente fuerza demográfica de la sociedad tartesia y estaría dirigida a producir excedentes destinados a la población urbana documentada. Este proceso de colonización a distancia supuso la fundación de verdaderas “colonias” o asentamientos tartésicos en áreas periféricas, como el Valle Medio del Guadiana en el interior y el interfluvio Tajo-Sado en las costas atlánticas, con el fin de controlar las rutas comerciales por las que discurrían el estaño y el oro del Occidente de la Península Ibérica, al mismo tiempo que contribuían a dar salida a los contingentes de población excedentarios de los centros urbanos del Bajo Guadalquivir, tras el auge demográfico del Período Orientalizante Antiguo (fig. 6).

Los topónimos característicos de Tartessos en áreas periféricas y claramente conectadas con las vías de comunicación indican la existencia de una colonización a distancia (Torres 2005; *vid. supra*), que parece confirmar los restos arqueológicos y que supuso la fundación de verdaderas ‘colonias’. Estos nuevos asentamientos en áreas periféricas de Tartessos ponen de manifiesto un verdadero proceso colonial externo, semejante a los documentados en otras culturas del Mediterráneo. Este proceso colonial debe considerarse relacionado y derivado de la aparición de la ciudad-estado, ya que favorecía su desarrollo económico y, al mismo tiempo, como se ha señalado, daba salida a los contingentes demográficos excedentarios de los núcleos urbanos del Bajo Guadalquivir.

En Tartessos ese fenómeno colonial surge a partir del Periodo Orientalizante Pleno, desde el siglo VII a.C., y parece haberse realizado en tres direcciones independientes y complementarias.

La primera fase parece corresponder a una colonización terrestre hacia el Alto Guadalquivir, que quedaría documentada por las poblaciones con topónimos en *Ipo-* situadas en la actual provincia de Jaén (Villar 2000). Esta fase colonial de Tartessos parece haber sido la más antigua y pudo haberse iniciado tras la ‘colonización’ de *Castulo*, que pasó a ser el principal núcleo tartésico de esas zonas al controlar ese importante distrito minero y la Vía Heraclea y las comunicaciones con la Meseta y el Sureste. Además, desde esta zona debió producirse una lógica expansión secundaria hacia el Sureste, hacia las zonas mineras de Sierra Morena y, probablemente, hacia la región oretana, que explicaría la aparición de numerosos elementos orientalizantes en estas regiones.

Otro proceso diferente parece haber sido la colonización terrestre hacia el Valle del Guadiana, donde se establece una cadena de nuevas poblaciones, caracterizadas por topónimos prerromanos y separadas unas de otras unos 30 km, que estaban estructuradas por la ‘Vía del Guadiana’, que llegaba hasta el Atlántico, como *Sisapo*, *Lacimurgi*, Entrerriós, Medellín, Alange, *Dipo*, Badajoz y Mértola, a las que habría que añadir otros topónimos como *Lacipaea* y *Iulipa*, que indican poblaciones surgidas para controlar las vías de comunicación.

En esta área de colonización destacó el núcleo de Medellín-*Conisturgis*, que parece haber sido el más importante desde un punto de vista demográfico y, desde la misma una expansión secundaria llegó a alcanzar la línea del Tajo. En dicha área se incluirían las poblaciones de *Dipo* (Almagro, Ripollés y Rodríguez e.p.), Medellín-*Conisturgis*, que sería su centro principal (Almagro *et alii* 2008), y *Lacimurgi* (*ibid.*, 1045-1046), aunque su extensión hacia el Este pudo comprender a *Sisapo* (Str. III,2,3; Plin. *Nat.hist.*, XXXIII,118; Tovar 1974, 96 ss.), población ya próxima al núcleo de *Castulo*, de orientación básicamente minera y cuya importancia estratégica confirma su situación en la vía transversal que desde el Atlántico, por el Valle del Guadiana, conducía a la zona minera de *Castulo* y al Sureste de la Península Ibérica. De esa zona son también otras poblaciones que ofrecen un característico topónimo ‘tartésio’ en *-ipo* como *Iulipa* y *Lacipaea* (Alarcão *et alii* 1995, 74 ss., 96 ss.). Estas fundaciones parecen controlar puntos estratégicos en las vías de comunicación, mientras que Medellín-*Conisturgis* y *Dipo* eran centros de control económico y político de las Vegas del Guadiana. En su conjunto reflejan un amplio proceso colonial del territorio de tipo urbano y perfectamente articulado, como indican los restos arqueológicos y los topónimos tartésios de las poblaciones surgidas en el mismo.

Las excavaciones de Medellín permiten fechar el inicio de esta colonización tartésia en el Bronce Final, como evidencian algunos materiales hallados fuera de contexto en el Teatro (del Amo 1973; Almagro 1977, 102-104, fig. 48-49) y, más recientemente, en la cima del Cerro del Castillo (Jiménez

Ávila, com. pers., 2008), pero el proceso colonial de tipo urbano se data con seguridad desde inicios del siglo VII a.C., fecha de la generación inicial de la necrópolis.

Esta colonización tartesia explica que en Medellín-*Conisturgis* en el Periodo Orientalizante Medio se constata una aportación colonial de *Carmo* en esas tierras del Guadiana, originariamente pobladas por conios, lo que convertiría a esta última población en uno de los principales núcleos urbanos tartesios a juzgar por su tamaño (Almagro-Gorbea 1987, 30), la importancia de los hallazgos efectuados en la misma (Pellicer y Amores 1985; Belén *et alii* 1997) y la semejanza de los ritos y estructuras que presentan sus necrópolis con la de Medellín (Bonsor 1899; Maier 1992; 1999; Amores *et alii* 1997; Torres 1999: 72-86; Amores y Fernández 2000), lo que indica su potencial carácter 'metropolitano'. Otro argumento indirecto es que *Carmo* quedaba a sólo 3 días de camino por la Vía de la Plata orientalizante que conducía directamente a Medellín, cuyo trazado confirman poblaciones con topónimo tartésico como *Iporca* (Constantina) y *Iulipa* (Zalamea de la Serena), por lo que, en caso de necesidad, los ejércitos romanos se retiraban a *Carmo* (Apiano, *Ib.* 58) como retaguardia segura, estrategia cuyo escalón de apoyo siguiente era la población tartesia de *Conisturgis*-Medellín en la línea del Guadiana.

Esta identidad en los materiales funerarios, evidenciada en la existencia de cremaciones en urnas de tipo Cruz del Negro (Barros 2008, 407-409 fig. 6) y de estelas epigráficas en escritura del Sudoeste (Faria 1994) se documenta también en Mértola, lo que sugiere la existencia de una necrópolis similar a la de Medellín. Además, se conocen otros materiales del Bronce Final y del Periodo Orientalizante (Barros 2008, 403 ss.) y se ha excavado una muralla que puede incluso remontar al siglo VI a.C. (Hourcade, Lopes y Labarthe 2003). Esto no tiene nada de extraño, dado que Ptolomeo (*Geog.* II,5,4) coloca a *Myrtilis* entre las ciudades turdetanas.

Por último, como una tercera línea de colonización cabe diferenciar una colonización marítima de la costa meridional atlántica de Portugal, hasta el Tajo, y, desde dicha zona, el establecimiento de factorías secundarias hasta la desembocadura del Duero y, probablemente, hasta Galicia, con el fin de controlar las rutas comerciales del estaño y el oro de la fachada atlántica de la Península Ibérica, cuyo reflejo recoge Avieno en su *Ora Maritima* (OM 112-113: *Tartessiisque in terminos Oestrurnidum negotiandi mos erat*), sin olvidar otros posibles procesos expansivos marítimos como el que pudiera indicar la mítica colonización de Nora en Cerdeña (Paus. X,17,5; Solino 4,1).

Esta colonización marítima tartesia hacia la costa atlántica, que se fecha en el Tajo-Sado a fines del siglo VII a.C. (Torres 2005, 206-207), explicaría el origen de las poblaciones portuarias situadas en los estuarios del Sado y Tajo, cuyos topónimos, cuando son conocidos, presenta el sufijo *-ipo* originario de la zona nuclear de Tartessos, lo que es indicio del origen de su población y sugiere la existencia de una colonización tartésica sistemática (Torres 2005, 195 ss.; Almagro *et alii* 2008, 1055 ss.).

En esta colonización atlántica cabe incluir los asentamientos de *Callipo*, en el estuario del Sado (Ptol. II,5,2: Alarcão *et alii* 1995, 50), que debe ser la misma que *Cantnipo* o *Bevibo/Bevipo* de la ceca de *Salacia* (Faria 1989, 79; 1995, 144 s.),¹ lo mismo que *Olisipo*, Lisboa (Str. III,3,1; Mela III,76; Plin. *Nat.hist.* IV,116; Ptol., *Geog.* II,5,3; *It. Ant.* 416,4; Alarcão *et alii* 1995, 118 ss.), a juzgar por sus topónimos, su cultura material e, incluso, sus acuñaciones con leyendas tartesio-turdetanas, constituyeron un núcleo tartesio-turdetano de gran personalidad por su carácter marítimo atlántico y por ofrecer el interés de que, étnicamente aisladas por los *Celtici* a partir de finales del siglo V a.C., en ellas se mantuvo la lengua y las tradiciones turdetanas hasta época romana (Almagro 2007 e.p.), como confirma Plinio (*Nat.hist.* IV,112-113) y explicita Ptolomeo (*Geogr.* II,5,2-4).

A estos núcleos habría que añadir otros a partir de criterios puramente arqueológicos, ya que no se conocen sus topónimos, como el asentamiento de Quinta do Almaraz, Almada, cuyos materiales cerámicas, como algunas formas características de barniz rojo, muestran evidentes relaciones con las de Huelva y, sobre todo, Medellín (Barros, Cardoso y Sabrosa 1993, 159; Arruda 2002, 106-107; 2005a, 285; Almagro, Mederos y Torres 2008, 619).

Igualmente, desde dichos asentamientos se documenta una progresión hacia las áreas más septentrionales, en las que parece proseguir la colonización en asentamientos menores, como *Collipo*, en San Sebastián de Freixo, Leiria (Plin. *Nat.hist.* IV,133; Alarcão *et alii* 1995, 65), y, más al Norte, en factorías cuyo nombre tartesio ya es desconocido, como Santa Olaia, en la desembocadura del Mondego, y Vila Nova de Gaia, en la del Duero, donde Mela (III,8) y Plinio (*Nat.hist.* IV,112-113) hablan del establecimiento de los *Turduli Veteres*, probablemente siguiendo noticias del escritor turdetano Bocco, tal como han confirmado dos *tabulae patronatus* halladas en Gaia del 7 y del 9 d.C. (da Silva 1983; 1986, 310 s., lám. 141). Estos testimonios indican la pervivencia de la conciencia étnica turdetano-túrdula hasta el siglo I d.C. (2000, 214).

¹ Aguas abajo de *Cantipo-Salacia* se ha excavado el palacio-fortín de Abul. Esta construcción parece representar un punto de control fronterizo como sus paralelos orientales Almagro e.p., aunque sus paralelos más próximos son los palacios rurales del Suroeste de la Península Ibérica, como Cancho Roano o La Mata de Campanario, tanto a nivel arquitectónico y político como ideológico, Almagro y Domínguez 1988-89; Almagro *et alii* 1990. Estas construcciones palaciales, como sus paralelos etruscos, poseían varias funciones, desde la propiamente palacial como residencias de elites sociales de tipo regio a la de servir de centro de explotación y de almacenamiento de los recursos rurales al servicio del abastecimiento de los centros urbanos y, por último, como puntos de control y defensa en profundidad del territorio.

No obstante, las construcciones hispanas parecen ser más recientes que las etruscas, cuyo *floruit* corresponde a pleno Período Orientalizante, en los siglos VII y VI a.C., mientras que los documentados en Extremadura serían sólo del siglo VI y V a.C., si bien Toscanos y Abul documentan que este sistema de palacios fortificados ya estaba implantado en la Península Ibérica en los siglos VIII y VII a.C.

De este modo, se confirma la hipótesis hace años propuesta por Torres 2005 de que la población orientalizante de la costa atlántica debe explicarse por una colonización tartésica, entendida no como las colonias fenicias o griegas por el Mediterráneo, sino que más bien sería una colonización ‘demográfica’ semejante a la colonización agraria tartesia del Guadiana (Almagro 1990, 99) o la etrusca de la llanura del Po (Torelli 1981, 189 ss.). Este tipo de colonización constituye un buen modelo de lo que pudo ser la paralela colonización tartesia de territorios interiores y del Sur de Portugal (Almagro 1999, 37; Torres 2005; vid. infra *Colonización*). Esta hipótesis ayudaría a comprender las estrechas relaciones culturales de la zona atlántica portuguesa no sólo con *Gadir* y el ámbito del Golfo de Cádiz sino, más bien, con el ámbito tartesio del Bajo Guadalquivir (vid. infra, *Colonización*), paralela a la colonización contemporánea de la cuenca del Guadiana.

Además, esta ‘colonización tartesia’ marítima y el consiguiente proceso expansivo que supone puede ponerse en relación con la dispersión que ofrecen las posteriores referencias a los *Turduli* por diversas áreas del Suroeste, como los *Turduli* del Guadiana (Strab. III,2,15; Plin., *Nat.Hist.* III,13-14), los del Océano (Plin., *Nat.Hist.* IV,112), que quizás ocupaban la zona de *Colippo*, los *Turduli Veteres* (Mela, *de chor.* III;8; Plin., *Nat.Hist.* IV,113) en la desembocadura del Duero, y los *Turduli Bardili* (Plin., *Nat.Hist.* IV,118), que parece ocupar el interfluvio Tajo-Duero (Pérez Vilatela 2000, 211 ss., fig. 17), quizás en relación con *Lacipaea* y *Lippos* en la Vía de la Plata. También la dispersión por esas mismas zonas de antropónimos tartesios como *Bocus*, *Brocus*, *Seneca* o *Tuscus* (Untermann 1965, 76 ss., 159 ss., 179 ss.) confirmaría este proceso colonial, pues estos topónimos y antropónimos reflejan el mismo proceso colonial señalado. Esa coincidencia no puede considerarse casual, sino como confirmación de la colonización tartesio-túrdula de amplias zonas del Suroeste, de la que sólo parece haber quedado al margen la parte septentrional del Alto Alentejo y las Beiras en el interior del Portugal, zonas ocupadas por los lusitanos, quienes se mantuvieron fuera de todo proceso urbano hasta época romana.

La información que ofrecen los topónimos señalados se completa con la que ofrecen los antropónimos ‘tartesios’ documentados por todo el Suroeste, algunos de los cuales aparecen perfectamente atestiguados en las antiguas ‘colonias’ tartesias de *Salacia-Cantipo* y *Olisipo*, donde, sin embargo, están prácticamente ausentes los antropónimos de tipo fenicio o púnico, a excepción de algunos en grafitos del Castillo de doña Blanca (Zamora 2005, 182).

Como ejemplo, cabe señalar los antropónimos de los magistrados mencionados en las monedas de la ceca de Salacia encuadrables en las series toponímicas propias del mundo turdetano del bajo Guadalquivir, como *Odacis*, relacionado con el topónimo *Oducia* (Lora del Río), el *otatiis* de las monedas de Obulco y los antropónimos latinos *Optatus* y *Otacilius* (Untermann 1975, 338, 344; Faria 1989, 83), *Sisca*, *Sisbe* y *Sisucurhil*, todos ellos encuadrables en la serie de los topónimos en *Sis-*, mientras el último

elemento de este último antropónimo también muestra claros paralelos con la serie ibérica en *urchail* (Faria 1989, 82 s.; 1992: 43; vid. Untermann 1965, 163, 181-182; 1985, 4, 7 mapa 4; Albertos 1966, 209-210, 276; de Hoz 1989, 552, 570 mapa 4; 1995, 598; Villar 2000, 342-344).

Sin embargo, es cierto que faltan otros antropónimos considerados tartesios como *Argantonius* (Albertos 1966, 33; Abascal 1994, 285; AAVV 2003, 99), *Atinius* (Untermann 1965, 62; Albertos 1973, mapa 16; Abascal 1994, 87; Villar 2000, 344 s.), *Boccus* (Abascal 1994, 301; AAVV 2003, 115 s.), *Britus* (Untermann 1965, 74; Abascal 1994, 304), *Broccus* (Untermann 1965, 76; Abascal 1994, 97; Abascal 1994, 305; Villar 2000, 229 ss.; fig. 951), el gentilicio *Caelius* (Untermann 1965, 77; Albertos 1966, 68; Abascal 1994, 102 y 307 ss.; AAVV 2003, 124 s.), *Caesius* (Untermann 1965, 82 ss.; Albertos 1966, 71; Abascal 1994, 103 y 309; AAVV 2003, 126 ss.), *Cato/Catinus/Catullus* (Untermann 1965, 94 ss.; Albertos 1966, 81; Abascal 1994, 109 ss. y 320; AAVV 2003, 136 s.), *Laberius* (Untermann 1965, 77; Abascal 1994, 167; AAVV 2003, 209), *Laetus* (Untermann 1965, 119 ss.; Abascal 1994, 395; AAVV 2003, 210), *Seneca* (Untermann 1965, 159; Albertos 1966, 203 ss.; Abascal 1994, 503; AAVV 2003, 296 s.), *Tuscus* y derivados (Untermann 1965, 179 s.; Albertos 1966, 240; Berrocal 1992, fig. 6,2; Abascal 1994, 322 y 535 ss.; AAVV 2003, 329), etc. Estos antropónimos caracterizan la región B de la antroponimia prerromana de la Península Ibérica, que incluye la Bética y el Sur de la Lusitania hasta el Valle del Guadiana (Untermann 1965, 23, mapa D). A pesar de ser característicos del mundo tartésico, casi todos ofrecen raíces indoeuropeas, que han hecho que sean considerados por Villar (2000, 340, 418) como propios de la región meridional pero con paralelos en la zona ibero-pirenaica, entre los que este autor explícitamente incluye *Atinius* y *Broccus*, además de los antropónimos en *Sis-*.

Un dato revelador para conocer el origen étnico de las gentes que habitaban las poblaciones de la costa atlántica son los grafitos aparecidos. Recientemente, uno de nosotros (Torres 2005, 201-202 fig. 5) advirtió, como un hecho muy revelador que no puede pasar desapercibido, que los grafitos aparecidos en algunas de estas poblaciones, como Santa Olaia, son en su inmensa mayoría grafitos tartesios hasta donde puede determinarse (*contra*, Mederos y Ruiz 2001). La mayoría son símbolos característicos del mundo tartésico (Almagro 2004; Torres 2005, fig. 5; Tavares da Silva 2005, fig. 10,8, 12,11), pues resultan muy raros los epígrafes en escritura tartesia (Untermann 1997, 112 ss., 347; Almagro 2004; de Hoz 2005, 371 ss.). Sin embargo, de nuevo hay que señalar aquí que, al igual que los topónimos de las poblaciones y los antropónimos son tartesio-turdetanos, con casi total ausencia de testimonios fenicios, pues los grafitos fenicios en las supuestas 'colonias fenicias' de la costa atlántica occidental portuguesa son inexistentes, a excepción del documentado en el palacio-fortín de Abul (Szzyrmer 2001).

Estos hallazgos epigráficos, perfectamente adecuados al contexto cultural tartesio, como se evidencia en Medellín-*Conisturgis* (Almagro 1977,

268 ss. y 2008), indican la generalización del uso de la escritura tartésica de carácter no monumental en la población orientalizante de esas áreas del Suroeste. Con estos grafitos cabe asociar las estelas alentejanas (Untermann 1997, 112 ss., 347; de Hoz 2005, 371 s.). Sin embargo, aunque cabe suponer que estas correspondan a gente conias (Almagro *et alii* 2008, 1049-1050); su lengua puede que fuera 'tartesia', pues cabría asociarla al sistema de escritura, cuya difusión en el signario de Espanca parece reflejar el mismo proceso de colonización agraria interna que caracteriza la colonización 'tartesia' de Extremadura, que podría verse reflejada en los palacios-fortín de tipo Fernão Vaz y similares, comparables al de Abul en el Sado y a los de la cuenca del Guadiana, como posibles asentamientos tartesios en áreas conias, antes de la ruptura que supuso la irrupción de los *Celtici* en la *Baeturia* (Berrocal 1992).

La consecuencia que se deduce de estos datos es que las poblaciones de la costa de Portugal eran básicamente tartesio-turdetanas, sin excluir otros componentes minoritarios que ya es posible diferenciar, como los propios fenicios, que debían constituir una minoría, como se ha documentado en Medellín (Almagro *et alii* 2008, 1054), además de conios y celtas, que eran las poblaciones del substrato desde la Edad del Bronce, y de Célticos, que tenderían a presionar y a establecer sus propias poblaciones en las zonas costeras, como *Scallabis* o *Laccobriga*.

De hecho, en la primera de ellas se ha documentado la presencia de cerámicas estampilladas, asociadas tradicionalmente a poblaciones de carácter céltico, si bien es cierto que aparecen en niveles ya tardo-republicanos fechados en la segunda mitad del siglo I a.C. (Arruda 2002, 220-221), no pudiendo asegurarse su presencia en momentos anteriores.

Por su parte, en la segunda, identificada con la actual ciudad de Lagos, a juzgar por su topografía y su topónimo en *Laco-*, bien conocido en la toponimia tartesio-turdetana (Almagro *et alii* 2008, 1045 fig. 949, 1051) y centrados en el área ocupada por los *Cilbiceni* según la *Ora Maritima* (Jacob 1985, 23, 53), pudo tratarse de una población Conia sometida por los *Celtici*, aunque existen evidencias del asentamiento de estos últimos en el Algarve, pudiendo haberse formado el topónimo en *-briga* ya en época romana (de Alarcão 2005, 298). De hecho, los materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro hallados en el cercano yacimiento de Monte Molião, donde pudo situarse la antigua *Laccobriga*, son idénticos a los del mundo turdetano y de la bahía de Cádiz, con presencia de ánforas Maña-Pascual A4 tardías, cerámicas de Kuass, etc., pero no de la típica cerámica estampillada céltica (Arruda 2005, 70-71 fig. 56; de Sousa, Arruda y Bargão 2005, 195-196 fig. 7,58, 205).

En consecuencia, el conjunto de estos elementos lleva a concluir que la colonización de las costas atlánticas de Portugal y, por lo tanto, sus poblaciones y gentes, deben considerarse originarias del mundo orientalizante tartesio.

LAS FASES DE LA COLONIZACIÓN TARTESIA

La colonización orientalizante tartesia parece ofrecer variaciones en el tiempo y en el espacio, que permiten diferenciar distintas etapas en dicho proceso, que puede haber sido complejo en sus componentes y en las zonas afectadas a lo largo de las distintas fases sucesivas en que se produciría.

La fase más antigua parece haberse iniciado todavía en el Bronce Final, aunque su fecha es muy imprecisa por falta de datos seguros. Sin embargo, los materiales más antiguos de Medellín, con cerámicas de retícula bruñida y con incrustaciones metálicas parecen apoyar la existencia de esta fase inicial, que puede considerarse reflejada en los topónimos de *Lacimurgi*, que parece relacionarse con la campiña cordobesa del Guadalquivir Medio, y de *Conisturgis*, también relacionado con la misma zona, como las citadas cerámicas de incrustaciones metálicas.

Esta conexión con el Guadalquivir medio también se documenta en las similitudes entre las estelas de guerrero de la zona cordobesa y las halladas en las actuales provincias de Ciudad Real y Badajoz, que muestran además un estilo artístico muy similar, con una marcada tendencia al esquematismo y el recurso a la técnica del rebaje en los elementos representados (Galán 1993, 50 ss.; Celestino 2001, 88, 95 ss., fig. 16).

De hecho, se conocen dos estelas de guerrero procedentes de los alrededores de *Lacimurgi* (Enríquez 1983, 11-12 figs. 4-6; González 2007), cuya composición y elementos iconográficos se relacionan también con las documentadas en el área cordobesa, además de tres asadores articulados y un hacha de talón y anillas de tipología atlántica (Almagro 1977, 70-71 fig. 18:3; Enríquez 1983, 9-11 figs. 1-3), no conociéndose por el momento otros datos que permitan caracterizar el horizonte del Bronce Final de este interesante yacimiento.

Todo ello indica la existencia de un trasiego de objetos, gentes e ideas en estas comarcas ya desde el Bronce Final precolonial, dentro del marco de las interacciones que se producen en el Sudoeste de la Península Ibérica en este momento, aunque no creemos que la dirección del aporte poblacional sea de Extremadura al valle del Guadalquivir, como plantea Celestino (2001, 292 ss.; 2005, 777), sino desde éste último hacia el valle del Guadiana.

En esta conexión entre ambas zonas tendrá gran importancia la vía natural por la que con posterioridad discurrirá la vía romana de *Corduba* a *Emerita Augusta* (It. Ant. 415,3-416,3), cuya penúltima estación es precisamente *Mellinum*, y a través de la cual se ha planteado que se produciría la orientalización del valle del Guadiana (Almagro-Gorbea 1977, 12 ss.; Pellicer 2000, 100; Celestino 2005, 776; 2008, 29).

Dicha vía de comunicación estaría ya en uso desde el Bronce Final, como atestiguan tanto la existencia de yacimientos de dicha cronología, como Cerro Muriano (Domergue 1987, 116 ss., fig. 43 y 44: 35-40), como por las estelas de guerrero que se jalonan a lo largo de la misma, como las

dos del propio Cerro Muriano (Murillo, Morena y Ruiz 2005, 14-19 fig. 2, nº 103 y 104) y otra más de la zona de Espiel (ibid. 13-14, 19 fig. 2, nº 102).

De hecho, a lo largo de esta vía se documentan algunos de los principales cotos mineros de Sierra Morena, como el ya mencionado de Cerro Muriano, donde ya se beneficiaba cobre en el Bronce Final (Domergue 1987, 116 ss.), sirviendo por tanto como vía de salida de la producción minera a *Corduba*, donde existen evidencias de labores metalúrgicas de este momento (Marcos 1976-78, 420-421) y el valle del Guadalquivir. Igualmente, a través de la misma alcanzaría igualmente el Guadalquivir el estaño de las Beiras, límite septentrional de las estelas de guerrero, a las que Kalb 1980, 117, relacionó hipotéticamente con los personajes dedicados a la protección del comercio del estaño por vía terrestre.

En este primer momento, la ocupación de los nuevos territorios respondería a la migración de grupos familiares más o menos extensos, ya que aún no existía en Andalucía occidental un modelo de ocupación de los asentamientos que podamos definir como plenamente urbanos (*vid. supra*), por lo que las características de esta primera fase de colonización serían muy similares a las de las propuestas para la colonización etrusca del período villanoviano (Torelli 1981, 38-45).

Una segunda fase de colonización estaría representada por las poblaciones que ofrecen *Ipo-* como prefijo, que aparecen en Andalucía Oriental, pero fuera de la zona nuclear situada entre el Genil, el Guadalquivir y el mar. Dichas poblaciones se extienden hacia el este por las actuales provincias de Córdoba, como *Epora* (Montoro), *Iponuba* (Baena), *Ipora*, ceca de localización incierta, *Ipsca* (Castro del Río), *Ipagrum* (Aguilar de la Frontera) e *Ituci* (Torreparedones), y de Jaén, como, *Ipolca* (Porcuna) e *Ipolcobulcula* (Locubín). Esta fase de colonización también alcanzaría el interior de la sierra de Cádiz, como evidencia el topónimo *Iptuci* (Cabezo Hortales, Prado del Rey) y llegó hasta el Oeste del Guadalquivir, como indican *Iporca* (Constantina) e *Ituci* (Escacena del Campo), así como la costa del Algarve, a juzgar por el topónimo *Ipses*, situado con incertidumbre en Vila Velha del Alvor (Arruda 2005, 70; 2007, 129).

Sin embargo, la fase principal de este proceso de colonización debe corresponder a los característicos topónimos en *-ipo* precedidos de prefijo, cuya ubicación periférica testimonia un proceso de colonización que parecen confirmar los hallazgos arqueológicos. Estos topónimos en *-ipo* aparecen en el Guadiana en *Sisapo/Sisipo?*, *Dipo*, *Lacipaea* y en el Atlántico en *Callipo-Cantipo/Babipo*, *Olisippo* y *Collipo*, además de *Ser(i)pa*, que parece controlar la vía terrestre desde estos últimos a *Onuba* y el Valle del Guadalquivir, mientras que la 'Vía del Guadiana', que unía la costa atlántica con las zonas mineras de Sierra Morena a través de las Vegas de este río en Extremadura constituía un cordón umbilical de esta red colonial tartésica, lo que contribuye a explicar las estrechas relaciones entre Medellín y los asentamientos de la costa atlántica de Portugal visible en la aparición de cerámicas de tipo

Medellín y en la innegable relación en la tipología de la cerámica de barniz rojo (Pellicer 2000; Arruda 2005a, 285, 297-299 fig. 20).

El origen de esta fase de la colonización tartesia se debe situar en Andalucía Occidental, en la zona comprendida entre el Genil y el Bajo Guadalquivir y su cronología se situaría a partir del siglo VII a.C. (Tavares da Silva 2005, fig. 21; Torres 2005, 206-207; Almagro *et alii* 2008, 1058), en fechas contemporáneas al Periodo Orientalizante Pleno de Medellín, donde daría inicio a su necrópolis.

Esta segunda fase de colonización sería la ya propiamente orientalizante, asociándose a la consolidación de nuevas formas productivas en el valle del Guadiana, con la ocupación sistemática del territorio y la explotación de las tierras más fértiles (Almagro 1990, 99), la aparición de un urbanismo de corte orientalizante influido por el colonial fenicio, nuevos elementos rituales, como queda plasmado en la necrópolis de Medellín, y la existencia de una cultura material muy relacionada con el valle del Guadalquivir (Celestino 2005, 777).

Finalmente, más allá de esta zona de colonización urbana intensiva todavía se identifica una última línea de colonización, constituida por yacimientos arqueológicos orientalizantes que parecen reflejar más bien factorías y puntos de control en algún caso indirecto que asentamientos de tipo urbano, a juzgar por la ausencia de topónimos y por sus características arqueológicas. En esta última línea de colonización cabe incluir en el interior los yacimientos del interfluvio Guadiana-Tajo Medio, como Talavera la Vieja, la antigua *Augustobriga* (Jiménez y González 1999; Martín 1999, 93-96 figs. 33-34; Jiménez 2006) o los de la zona de Talavera de la Reina, como el Cerro de la Mesa, en Alcolea de Tajo (Ortega y del Valle 2004, 176-179). Como consecuencia de dicho proceso, pudo llegar a haber alguna penetración hasta la Meseta Norte, como indicarían tanto el discutido topónimo *Lippo*, identificado por Villar 2000, 99-100, como uno más de la serie en *-ipo*, aunque más probablemente que se trate de un topónimo latino (Curchin 2007, 133), como los hallazgos acaecidos en la Meseta en yacimientos como El Berrueco (Maluquer 1958; Piñel 1976; Fabián 1986-87) y Sanchorreja (Maluquer 1958a; González-Tablas, Fano y Martínez 1991-92) en Salamanca, penetraciones que pudieran haber estado organizadas desde Medellín, a juzgar por la semejanza de sus hallazgos con los de *Augustobriga* y por la aparición de cerámicas ‘tipo Medellín’ por la Meseta Norte.

No obstante, Celestino 2005, 774, opina que estas relaciones con el Tajo sólo cobrarían importancia a partir de inicios del siglo V a.C., pero los hallazgos de la necrópolis de Talavera la Vieja (cf. Jiménez 2006), prácticamente idénticos a los de las necrópolis de Medellín y Mengabril, sugieren que el proceso se habría iniciado ya al menos en torno al 600 a.C., como además confirman los mencionados materiales orientalizantes hallados en la Meseta occidental.

Paralela a esta colonización interior terrestre debe considerarse una colonización marina. Una primera etapa, limitada al Golfo de Cádiz, parece

estar documentada por los topónimos en *-uba*, que desde su núcleo en el centro del Valle del Guadalquivir (Villar 2000, 119 ss., esp. 140), debió alcanzar *Omuba* antes del siglo X a.C. (González de Canales *et alii* 2004) y, quizás desde ésta, *Ossonoba* (Strab. III,2,5; Mela III,7; Plin. IV,116; Ptol. II,5,2, *It. Ant.* 418,6; *Rav.* 306,12; Tovar 1976, 206 ss.; *TIR*, J-29: 121), en Faro, aunque ésta pueda ser una fundación posterior desde *Omuba* de fecha imprecisa, ya que en este yacimiento no han aparecido materiales anteriores al siglo IV a.C. (Barros 2005, 934-936 fig. 5; de Sousa, Arruda y Bargão 2005).

A otra fase teóricamente posterior debe corresponder la aparición del topónimo *Ipses*, en Vila Velha del Alvor, en la costa del Algarve, que por ofrecer el elemento *Ipo-* como prefijo debería considerarse contemporáneo a la segunda fase de colonización interna extendida por Andalucía Oriental y Cádiz que se caracteriza por ofrecer dicho prefijo, por lo que sería anterior a las poblaciones con *-ipo* como sufijo de la costa atlántica portuguesa.

En estas costas del Atlántico, como en el interior, la fase principal de colonización parece atestiguada por topónimos en *-ipo* precedidos de prefijo, que parecen estar asociados a la colonización tartésica definitiva de las costas del Atlántico. Estas poblaciones ocupan emplazamientos de tipo *oppidum* que aparecen a distancias casi regulares de c. 30 km, como ocurre con las fundaciones coloniales del interior, por lo que forman en las costas atlánticas esta serie de escalas sucesivas, marcadas por estos topónimos, que recuerdan los *oppida* con topónimos tartesios de la Vía del Guadiana. Estas escalas marítimas están representadas por *Cantnipo/Bevipo* (Alcácer do Sal), en el estuario del Sado, y *Olisipo* (Lisboa) en el del Tajo, con una progresión hacia zonas más septentrionales con asentamientos menores, como parece ser el de *Collipo* (San Sebastião de Freixo), que sería el más septentrional.

Más al Norte todavía se constatan otros asentamientos orientalizantes menores, que cabe interpretar como factorías y que quizás llegaron a alcanzar la *Gallaecia*, como el de Santa Olaia, en la desembocadura del Mondego, y, quizá, el de Gaia para controlar la desembocadura del Duero, donde está documentado que vivían los *Turduli Veteres* conocidos por Mela (III,8) y Plinio (*Nat.hist.* IV,112-113), probablemente recogiendo noticias del turdetano Bocco (Almagro-Gorbea e.p.), confirmadas por las dos *tabulae patronatus* halladas en Gaia (da Silva 1983; 1986, 310 s., lám. 141; 2007), que confirman que este pueblo aún mantenían su conciencia étnica a inicios del siglo I d.C.

LA COLONIZACIÓN TARTESIA Y SUS PARALELOS MEDITERRÁNEOS

El proceso de colonización, interior y exterior, terrestre y marítima, todas interrelacionadas, que caracteriza esta colonización tartesia ofrece interesantes paralelos en otras culturas del Mediterráneo, como Grecia, Etruria y el Lacio, siendo el modelo más cercano al de Tartessos el documentado en la Península Itálica, sobre todo en Etruria, aunque la fuerza demográfica de Tartessos era evidentemente menor, como evidencia el tamaño

de sus ciudades (fig. 7; cf. Almagro 1987, 29-30). En este sentido, hay que señalar que también la colonización griega tuvo su momento de mayor auge en entre los siglos VIII y VII a.C., pero, dada la estructura del territorio griego y la presión demográfica en él existente, sus rutas fueron principalmente marítimas, lo mismo que cabe señalar de la colonización fenicia, ya iniciada en el siglo IX a.C., a diferencia de los procesos coloniales etrusco y tartésico, donde son primordialmente terrestres.

Por ello, el paralelo más significativo de proceso de colonización terrestre es el de los etruscos, quienes, desde época protovillanoviana, se extendieron por el Lacio, la Campania, la desembocadura del río Sele y el *ager Picentinus* del golfo de Salerno, así como en el valle del Po y en puntos de la costa adriática, aunque también llegó a alcanzar la isla de Córcega, proceso que proseguía hasta inicios del IV a.C. (Torelli 1981, 38 ss., 44 ss., 162; Bonghi 2001; Sassatelli 2001), cuando dicha colonización fue cortada por la brusca aparición de las invasiones celtas, en una ruptura paralela a la que parece reflejar la irrupción de los *Celtici* al interrumpir la tendencia expansiva tartésica hacia las zonas del Tajo y acabar establecidos en parte de la Beturia, dentro de un territorio originariamente de los conios pero que formaba parte de las áreas periféricas de Tartessos a causa de las penetraciones ‘coloniales’ durante el Periodo Orientalizante.

Este largo proceso de colonización debió ser iniciado en sus fases iniciales por grupos gentilicios de carácter aristocrático, que actuaban por iniciativa propia, pero a partir del siglo VI a.C. se observan verdaderas fundaciones ‘coloniales’ *ex novo* de tipo estatal que organizan centros urbanos de segundo orden, como se observa en el valle del Po, donde poblaciones como Marzabotto en el Apenino boloñés, Spina en la costa del mar Adriático y Mantua al norte del Po (Torelli 1981, 189 ss.; Sassatelli 2001, 173-175) parecen tener su origen en la ciudad etrusca de Bolonia, que actuaría como “metrópolis” de la expansión etrusca en el área padana, como la tartesia *Carmo* parece haberlo sido en las Vegas del Guadiana.

Esta colonización etrusca siguió rutas primordialmente terrestres, tanto en Campania como en el valle del Po, como se observa en la colonización tartesia. Pero, de forma paralela, también se utilizaron rutas marítimas, pues la colonización del *ager Picentinus*, con el importante asentamiento de Pontecagnano, parece haberse efectuado por mar desde Tarquinia (Bonghi 2001, 158), ya que dicha comarca aparece aislada del resto de Etruria por áreas ocupadas por Latinos, Volscos y otros pueblos, sin excluir algún otro caso de expansión marítima, como el de *Alalia*, en Córcega, donde, en el siglo IV a.C., se observa en toda la isla una creciente presencia etrusca (Diod. IX,88) y donde la necrópolis de la antigua colonia focense de *Alalia* recuerda las etruscas de tierra firme en sus tumbas y ajuares (Jehasse y Jehasse 1973, 25 y 119 ss.), lo que indicaría el establecimiento de colonos etruscos, como también hay noticias del intento de establecer una colonia romana en Córcega ya hacia el siglo V o IV a.C. (Theophr. *c.plant.* V,8; Jehasse 1986, 33 ss.).

En este proceso colonial de forma paralela también se creaban establecimientos rurales en los territorios de las principales ciudades, como Vulci, Tarquinia y Caere, en los que aparecen palacios rurales más o menos fortificados, que se convirtieron en residencia de la aristocracia etrusca, como los de Murlo y Acquarossa (Torelli 1981, 83 ss.), por lo que estos palacios etruscos, por su función y características, constituyen el mejor paralelo funcional de los palacios-fortín de Extremadura y del Sur de Portugal, como Cancho Roano, La Mata de Campanario, Abul o Fernão Vaz (vid. supra). Aunque éstos parecen ser más tardíos que los etruscos, Toscanos y Abul, fechados desde el siglo VII a.C., hacen suponer que el sistema palacial debió surgir en la Península Ibérica en los siglos VIII y VII a.C., por lo tanto en fecha aproximadamente contemporánea a sus paralelos etruscos.

CONCLUSIÓN

El proceso de colonización tartésica planteado hace unos años (Torres 2005) ha quedado demostrado tras la interpretación de Medellín-*Conisturgis* como una ‘colonia’ tartesia dentro de un plan estatal de colonización terrestre de territorios periféricos para controlar vías de comunicación, obtener excedentes alimenticios y lograr recursos mineros y expandir los productos del artesanado orientalizante.

Este fenómeno colonial tartesio supone una notable aportación para comprender mejor la evolución histórica y el origen de las poblaciones urbanas de todo el Suroeste de Hispania, fenómenos muy complejos que ofrecen todavía muchos problemas, que se deberán precisar en el futuro a medida que se vaya contando con datos cada vez más adecuados.

Este proceso pudo haberse iniciado ya en la etapa de la ‘Precolonización’, con materiales del Bronce Final de origen protocolonial, como las azuelas de apéndices laterales, que aparecen por las áreas atlánticas. Pero a él corresponden materiales tan característicos como las cerámicas grises y de tipo Cruz del Negro y Medellín y los grafitos, que, como ha indicado uno de nosotros (Torres 2005), son de origen tartesio y confirman que eran tartesios quienes los hicieron y usaron, hecho confirmado por el rito funerario de las necrópolis conocidas, como las de Salacia, y por estructuras palaciales como las de Abul y, aparentemente también la de Fernão Vaz.

El mismo hecho viene confirmado por la extensión de topónimos y antropónimos tartesios hasta la costa atlántica, además de por la mención por parte de Mela (III,1,6) y Plinio (*Nat.hist.* IV,113) de unos *Turduli veteres* y unos *oppida turdulorum* entre las desembocaduras de los ríos Mondego y Duero, y, finalmente, por la caracterización por parte de Ptolomeo (*Geogr.* II,5,2-4) de las ciudades de *Myrtilis* (Mértola), *Pax Iulia* (Beja), *Salacia* (Alcácer do Sal) y *Caetobriga* (Setúbal), de las que nos interesan especialmente las dos últimas, como turdetanas.

En consecuencia, el proceso de colonización marítimo de las costas del Atlántico, perfectamente similar y paralelo al interno de la cuenca del Guadiana, con el que quedaba unido por una estratégica vía de comunicación, sólo puede atribuirse a los tartesios, por lo que su atribución a los fenicios más bien parece un espejismo histórico. Por otra parte, esta colonización, aunque basada en ciudades-estado menores y, en consecuencia, con menor potencia demográfica, ofrece sus mejores paralelos en los procesos similares que ofrece la colonización etrusca, poco valorada en los procesos coloniales de la Antigüedad, pero que confirma como este tipo de proceso colonial no era sino una consecuencia derivada del éxito demográfico de la ciudad-estado surgida en la época arcaica por las culturas ribereñas del Mediterráneo, en las que Tartessos representaba el extremo más occidental, ya en los límites con el mundo “bárbaro” de la periferia.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV 1993: AAVV, *Os fenícios no território português, Estudos Orientais* 4, Lisboa 1993.
- Abascal 1994: J. M. Abascal, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia 1994.
- de Alarcão 2005: J. de Alarcão, “Notas de arqueología, epigrafía e toponimia - III”, *RPA* 8.2, 2005, 293-311.
- Albertos 1966: M^a.L. Albertos, *La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética*, Salamanca 1966.
- Almagro 1977: M. Almagro-Gorbea, *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, Madrid 1977.
- Almagro 1987: M. Almagro-Gorbea, “El área superficial de las poblaciones ibéricas”, en: *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid 1987, 21-34.
- Almagro 1990: M. Almagro-Gorbea, “El período Orientalizante en Extremadura”, en: *La cultura tartésica en Extremadura*, Mérida 1990, 85-125.
- Almagro 1996: M. Almagro-Gorbea, *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Madrid 1996.
- Almagro 2004: M. Almagro-Gorbea, “Inscripciones y grafitos tartésicos de la necrópolis orientalizante de Medellín”, *PalHisp* 4, 2004, 13-44
- Almagro 2008: M. Almagro-Gorbea, “Grafitos e inscripciones”, En: M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Análisis de los hallazgos*, Madrid 2008, 751-771.
- Almagro-Gorbea e.p.: M. Almagro-Gorbea, e.p., “‘Palacios-fortín’ fenicios y tartésicos. Aportación a la arquitectura y a la sociedad orientalizante de la Península Ibérica”, *Homenaje a Michael Blech*, Madrid.

- Almagro y Domínguez 1988-89: M. Almagro-Gorbea, A. Domínguez de la Concha, “El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales”, *Zephyrus* 41-42, 1988-89, 339-382.
- Almagro, Domínguez y López 1990: M. Almagro-Gorbea, A. Domínguez de la Concha, F. López Ambite, “Cancho Roano: un palacio orientalizante en la Península Ibérica”, *MM* 31, 1990, 251-308.
- Almagro *et alii* 2008: M. Almagro-Gorbea, A. Lorrio, A. Mederos, M. Torres, “La ciudad-estado de Medellín-*Conisturgis* y la cuenca media del Guadiana en el Período Orientalizante”, en: M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. III. Estudios analíticos, IV. Interpretación de la necrópolis, V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis*, Madrid 2008, 1033-1059.
- Almagro, Mederos y Torres 2008: M. Almagro-Gorbea, A. Mederos, M. Torres, “Cerámica de barniz rojo”, en: M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Análisis de los hallazgos*, Madrid 2008, 593-622.
- del Amo 1973: M. del Amo, “Cerámica de ‘retícula bruñida’ de Medellín”, *XII CNA*, Zaragoza 1973, 375-389.
- Amores y Fernández 2000: F. Amores, A. Fernández Cantos, “La necrópolis de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)”, en: C. Aranegui (ed.), *Argantonio, rey de Tartessos*, Sevilla 2000, 156-163.
- Arruda 2002: A. M. Arruda, *Los fenicios en Portugal. Fenicios e indígenas en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Barcelona 2002.
- Arruda 2005: A. M. Arruda, “O 1º milenio a.n.e. no Centro e no Sul de Portugal: leturas possíveis no inicio de um novo século”, *O Arqueólogo Português serie IV* 23, 2005, 9-156.
- Arruda 2005a: A. M. Arruda, “Orientalizante e Pós-Orientalizante no Sudoeste peninsular: geografias e cronologías”, en: S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Periodo Orientalizante*, I, Madrid 2005, 277-303.
- Arruda 2007: A. M. Arruda, “A Idade do Ferro do Sul de Portugal. Estado da investigação”, *MM* 48, 2007, 114-139.
- Arruda 2008: A. M. Arruda, “Fenícios e Púnicos em Portugal: problemas e perspectivas”, en: J. P. Vita y J. A. Zamora (eds.), *Nuevas perspectivas II: la arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica*, Barcelona 2008, 13-23.
- Arteaga 1997: O. Arteaga, “Socioeconomía y sociopolítica del iberismo en la alta Andalucía”, *Huelva Arqueológica* 14, 1997, 95-136.
- Aubert 1977-78: M^a. E. Aubert, “Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico”, *Pyrenae* 13-14, 1977-78, 81-107.
- Aubert 1994: M^a. E. Aubert, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día*, Barcelona 1994.
- Barros, Cardoso y Sabrosa 1993: L. de Barros, J. L. Cardoso, A. Sabrosa, “Fenícios na margem sul do Tejo. Economia e integração cultural do povoado do Almaraz - Almada”, *Estudos Orientais* 4, 1993, 143-181.

- Barros 2005: P. Barros, “Cerâmicas áticas no circuito do Estreito do Extremo-Occidente peninsular: Quinta da Queimada, Ilhéu do Rosario, Faro e Tavira”, en: S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Periodo Orientalizante, II*, Madrid 2005, 931-945.
- Barros 2008: P. Barros, “Mértola durante os séculos VI e V a.C.”, en: J. Jimenez Ávila (ed.): *Sidereum Ana I: El río Guadiana en época post-orientalizante*, Mérida 2008, 399-414.
- Belén *et alii* 1997: M. Belén, R. Anglada, J.L. Escacena, A. Jiménez, R. Lineros, I. Rodríguez, *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Sevilla 1997.
- Bendala 1989: M. Bendala, “La génesis de la estructura urbana en la España antigua”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM* 16, 1989, 127-147.
- Bonghi 2001: A. Bonghi Jovino, “The Etruscan expansion into Campania”, en: M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Londres 2001, 157-167.
- Bonsor 1899: G.E. Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis*, Paris 1899.
- Campos y Gómez Toscano 1995: J. M. Campos, F. Gómez Toscano, “El territorio onubense durante el Bronce Final”, En: *Tartessos 25 años después*, Jerez de la Frontera 1995, 137-158.
- Celestino 2001: S. Celestino, *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona 2001.
- Celestino 2005: S. Celestino, “El Período Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior”, en: S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Periodo Orientalizante, II*, Madrid 2005, 767-785.
- Celestino 2008: S. Celestino, “El reflejo de lo fenicio en el interior peninsular”, en: J. P. Vita y J. A. Zamora (eds.), *Nuevas perspectivas II: la arqueología fenicia y púnica en la Península Ibérica*, Barcelona 2008, 25-37.
- Curchin 2007: L.A. Curchin: “Toponyms of Lusitania: a re-assessment of their origins”, *Conimbriga* 46, 2007, 129-160.
- Damgaard Andersen 1997: H. Damgaard Andersen, “The archaeological evidence for the origin and development of the Etruscan city in the 7th to 6th centuries BC”, en: H.D. Andersen, H.W. Horsnæes, S. Houby-Nielsen, A. Rathje (eds.), *Urbanization in the Mediterranean in the 9th to 6th Centuries BC*, Copenhagen 1997, 343-382.
- Domergue 1987: C. Domergue, *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*, Paris 1987.
- Domínguez 2006: A. Domínguez Monedero, “Greeks in Sicily”, en: G.R. Tsatskheladze (ed.), *Greek colonisation. An account of Greek colonies and other settlements overseas*, Leiden-Boston 2006, 253-357.
- Enríquez 1984: J.J. Enríquez Navascués, “Una nueva estela de guerrero y tres asadores de bronce procedentes de los alrededores de Orellana la Vieja”, *Museos* 2, 1984, 9-13.

- Fabián, 1986-87: J. F. Fabián, “El Bronce Final y la Edad del Hierro en ‘El Cerro del Berrueco’ (Ávila, Salamanca)”, *Zephyrus* 39-40, 1986-87, 273-287.
- Faria 1988: A. Marques de Faria: “A numaria de *Cantnipo”, *Conimbriga* 28, 1988, 71-79.
- Faria 1995: A. Marques de Faria, “Monedas da época romana cunhadas em territorio actualmente português”, en: M^a P. García Bellido y R.M. Sobral Centeno (eds.), *La Moneda Hispánica. Ciudad y territorio*, Madrid 1995, 143-153.
- Galán 1993: E. Galán, *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid 1993.
- González 2007: C. González Ledesma, “Nueva estela de guerrero encontrada en el entorno del embalse de Orellana (Orellana de la Sierra, Badajoz)”, en: *Octavo Congreso de Estudios Extremeños. Libro de Actas*, Badajoz 2007, 596-611.
- González-Tablas, Fano y Martínez 1991-92: F.J. González-Tablas, M.A. Fano, A. Martínez, “Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración”, *Zephyrus* 44-45, 1991-92, 301-329.
- Hourcade, Lopes y Labarthe 2003: D. Hourcade, V. Lopes, J.-M. Labarthe, “Mértola: la muraille de l’Âge du Fer”, *RPA* 6.1, 2003. 175-210.
- de Hoz 2005: J. de Hoz, “La recepción de la escritura en Hispania como fenómeno orientalizante”, en: S. Celestino y J. Jiménez Ávila (eds.), *El Periodo Orientalizante, I*, Madrid 2005, 363-381.
- Jacob 1985: P. Jacob, “Le rôle de la ville dans la formation des peuples ibères”, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 21, 1985, 19-56.
- Jehasse y Jehasse 1973: Jehasse, J.; Jehasse, L.: *La nécropole préromaine d’Aléria (1960-1968)*, Paris 1973.
- Jehasse 1986: O. Jehasse, *Corsica classica*, Cahors 1986.
- Jiménez 2006: F. J. Jiménez Ávila (ed.), *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*, Mérida 2006.
- Jiménez y González 1999: F. J. Jiménez Ávila, A. González Cordero, “Referencias culturales en la definición del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro de la cuenca del Tajo: el yacimiento de Talavera la Vieja, Cáceres”, en: R.de Balbín y P. Bueno (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III – Primer Milenio y Metodología*, Madrid 1999, 181-190.
- Kalb 1980: P. Kalb, “O ‘Bronze Atlântico’ en Portugal”, en: *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, Guimarães 1980, 113-120.
- León 2002-03: E. León Pastor, “La secuencia cultural de la Corduba prerromana a través de sus complejos cerámicos: las fases III y IV del corte 1 de la I.A.U. practicada en el Teatro de la Axerquia”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 13-14, 2002-03, 29-66.

- Lepore 1990: E. Lepore, “Città-estado e movimenti coloniali; struttura economica e dinamica sociale”, en: R. Bianchi Bandinelli (ed.), *Storia e civiltà dei Greci*, Milano 1990, 183-253.
- Luzón y Ruiz 1973: J.M^a. Luzón, D. Ruiz Mata, *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía en la Colina de los Quemados*. Córdoba 1973.
- Maier 1992: J. Maier, “La necrópolis de “La Cruz del Negro” (Carmona, Sevilla): excavaciones de 1900 a 1905”, *CuPAUAM* 19, 1992, 95-119.
- Maier 1999: J. Maier, “La necrópolis tartésica de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), ayer y hoy”, *MM* 40, 1999, 97-114.
- Maluquer 1958: J. Maluquer de Motes, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Salamanca 1958.
- Maluquer 1958a: J. Maluquer de Motes, *El Castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, Ávila - Salamanca 1958.
- Marcos 1976-78: A. Marcos Pous, “Aportaciones a la localización y conocimiento de la Corduba prerromana”, *Ampurias* 38-40, 1976-78, 415-423.
- Martín 1999: A. M^a. Martín Bravo, *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a.C. en la Alta Extremadura*, Madrid 1999.
- Mayet y Tavares da Silva 2000: F. Mayet, C. Tavares da Silva, *L'établissement phénicien d'Abul (Portugal). Comptoir et sanctuaire*, Paris 2000.
- Morris 1991: I. Morris, “The early polis as city and state”, en: J. Rich; A. Wallace-Hadrill (eds.), *City and country in the Ancient World*, Londres-Nueva York 1991, 25-57.
- Murillo 1994: J.F. Murillo, *La Cultura Tartésica en el Guadalquivir Medio (=Ariadna 13-14)*, Córdoba 1994.
- Murillo, Lara y Morena 2005: J. F. Murillo, J. A. Morena, M^a D. Ruiz Lara, “Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y de Ciudad Real”, *Romula* 4, 2005, 7-46.
- Niemeyer 1982: H.G. Niemeyer (dir.), *Phönizier im Westem*, Mainz am Rhein 1982.
- Ortega y del Valle 2004: J. Ortega, M. del Valle, “El poblado de la Edad del Hierro del cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo): Primeros resultados”, *TP* 61.1, 2004, 175-185.
- Pascual 2003: J. Pascual, “La ciudad romana de la Mesa de Gandul como emplazamiento de *Iriipo* y en relación a *Lucurgentum* y Alcalá de Guadaíra”, en: *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba 2003, 389-407.
- Pellicer 1996: M. Pellicer: “La colonización fenicia en Portugal”, *Spal* 7, 1996, 93-106.
- Pellicer 2000: M. Pellicer, “El proceso orientalizante en el occidente ibérico”, *Huelva Arqueológica* 16, 2000, 89-134.
- Pellicer y Amores 1985: M. Pellicer, F. de Amores, “Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B”, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 22, 1985, 55-189.

- Piñel 1976: C. Piñel, “Materiales del poblado de Las Paredejas en el Cerro del Berrueco. Una nueva arracada”, *Zephyrus* 26-27, 1976, 351-368.
- de Polignac 1984: F. de Polignac, *La naissance de la cité grecque: cultes, espace et société VIIIe-VIIe siècles avant J.-C.*, Paris 1984.
- de Polignac 2005: F. de Polignac, “Forms and Processes: Some thoughts on the meaning of urbanization in Early Archaic Greece”, en: R. Osborne y B. Cunliffe (eds.), *Mediterranean Urbanization 800-600 BC*, Londres 2005, 45-69.
- Ruiz y González 1994: D. Ruiz Mata, R. González, “Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana”, *Spal* 3, 1994, 209-256.
- Rykwert 1985: J. Rykwert, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Madrid 1985.
- Sassatelli 2001: G. Sassatelli, “The Etruscan expansion in the Po valley”, en: M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Londres 2001, 169-179.
- da Silva 1986: A. C. F. da Silva, “As tesserae hospitales do Castro de Nossa Senhora da Saúde ou Monte Murado (Pedroso, V. N. de Gaia). Contributo para o estudo das instituições e povoamento da Hispania antiga”, *Gaia* 1, 1986, 9-26.
- de Sousa, Arruda y Bargão 2005: E. de Sousa; A. M. Arruda; P. Bargão, 2005: “A ocupação pré-romana de Faro: alguns dados novos”, *RPA* 8.1, 2005, 177-208.
- Steingräber 2001: S. Steingräber, “Etruscan Urban Planning”, en: M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Londres 2001, 291-311.
- Szzymer 2001: M. Szzymer, 2001: “Une ancienne inscription phénicienne découverte à Abul”, *Semitica* 50, 2001, 226-228.
- Torelli 1981: M. Torelli, *Storia degli etruschi*, Bari 1981.
- Torres 1999: M. Torres, *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*, Madrid 1999.
- Torres 2001: M. Torres, “La cerámica a mano con decoración de botones de bronce: una aportación al estudio de la alfarería tartésica del Bronce Final”, *Spal* 10, 2001, 275-281.
- Torres 2002: M. Torres, *Tartessos*, Madrid 2002.
- Torres 2005: M. Torres, “¿Una colonización tartésica en el interfluvio Tajo-Sado durante la Primera Edad del Hierro?”, *RPA* 8.2, 2005, 193-213.
- Tovar 1974: A. Tovar, *Iberische Landeskunde, II-1. Baetica*, Baden-Baden 1974.
- Tovar 1976: A. Tovar, *Iberische Landeskunde, II-2. Lusitanien*, Baden-Baden 1976.
- Untermann 1965: J. Untermann, *Elementos de un Atlas antroponímico de la Hispania Antigua*, Madrid 1965.
- Untermann 1990: J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum III, Die iberischen Inschriften aus Spanien*, Wiesbaden 1990.

- Untermann 1997: J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band IV: Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997.
- Villar 2000: F. Villar, *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca 2000.
- Wagner 1986: C.G. Wagner, “Notas en torno a la aculturación en Tartessos”, *Gerión* 4, 1986, 129-160.
- Wagner 1993: C. G. Wagner, “Las estructuras del mundo tartésico”, en: J. Alvar y J. M. Blázquez, (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid 1993, 103-116.
- Zamora 2005: J. A. Zamora, “La práctica de escribir entre los primeros fenicios peninsulares y la introducción de la escritura entre los pueblos paleohispánicos”, *PalHisp* 5, 2005, 155-192.

Martín Almagro-Gorbea
Universidad Complutense
e-mail: anticuario@rah.es

Mariano Torres Ortiz
Universidad Complutense
e-mail: mtorreso@ghis.ucm.es

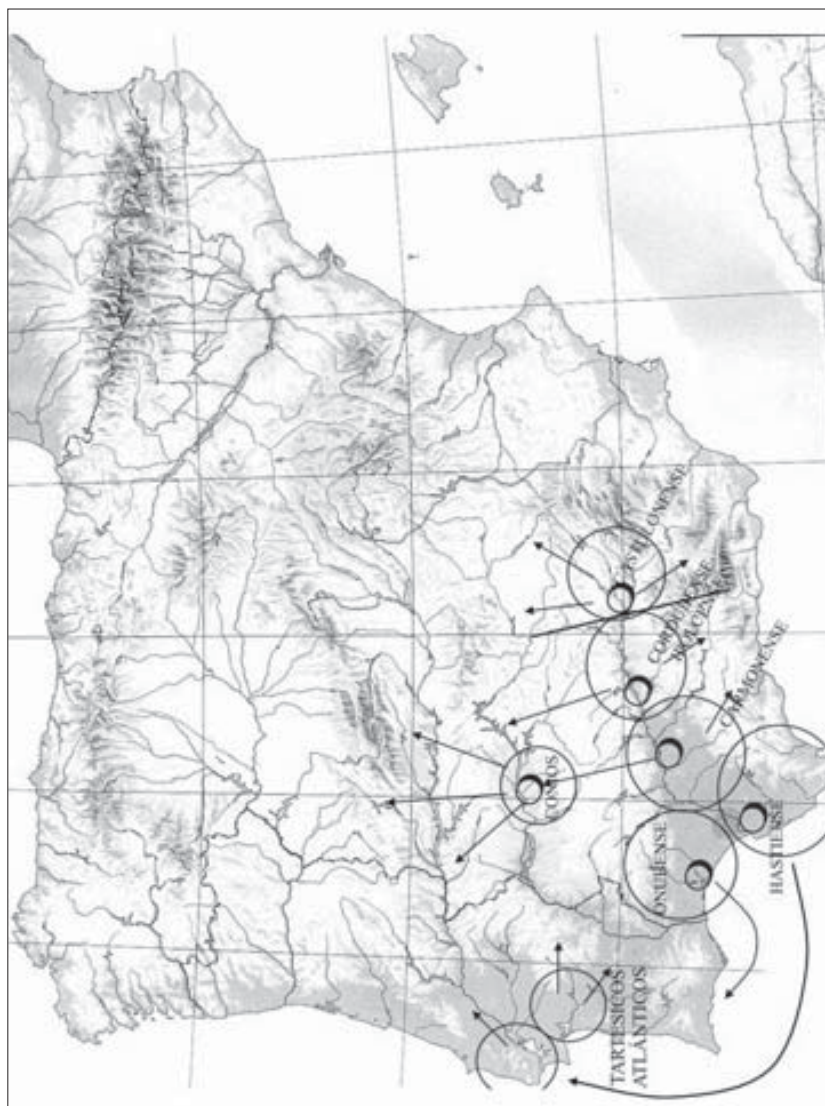


Fig. 1, tendencias expansivas de las principales ciudades-estado tartésicas.

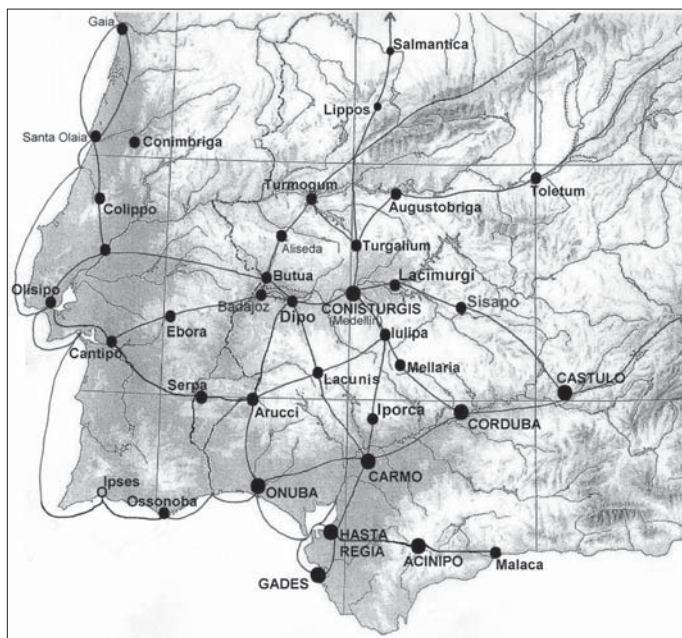


Fig. 2, mapa viario del Sudoeste de Hispania durante el Período Orientalizante.

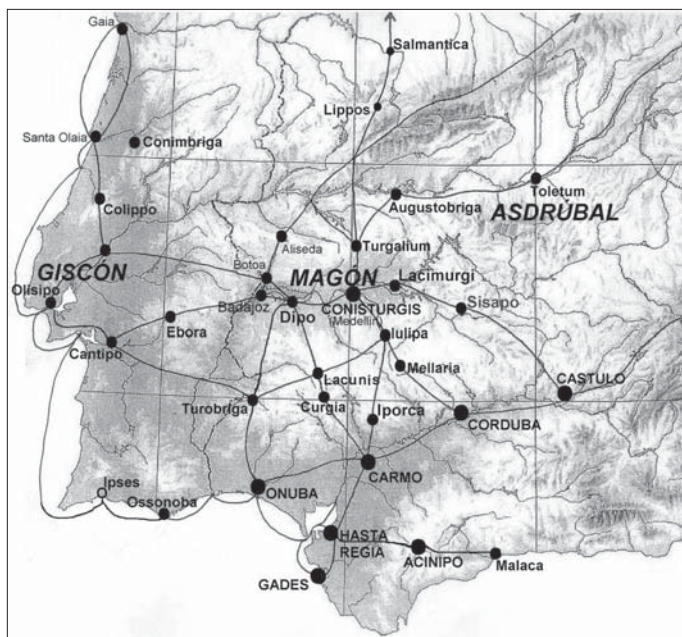


Fig. 3, vías de Comunicación de la cuenca del Guadiana en la II Guerra Púnica.

La colonización de la costa atlántica de Portugal: ¿fenicios o tartesios?

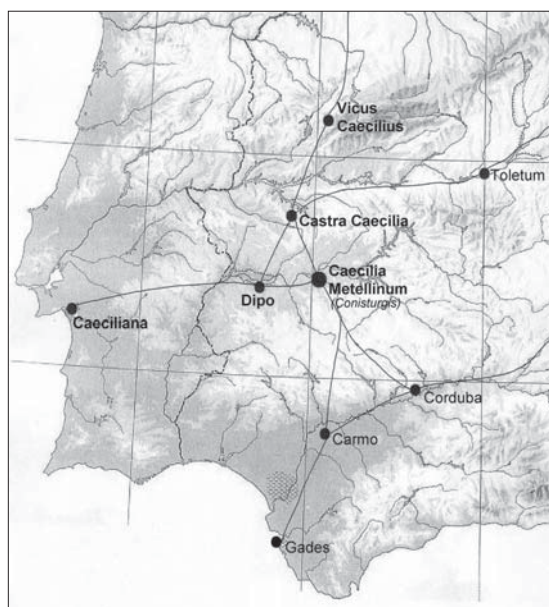


Fig. 4, vías de comunicación del Guadiana en época de la Guerra Sertoriana.

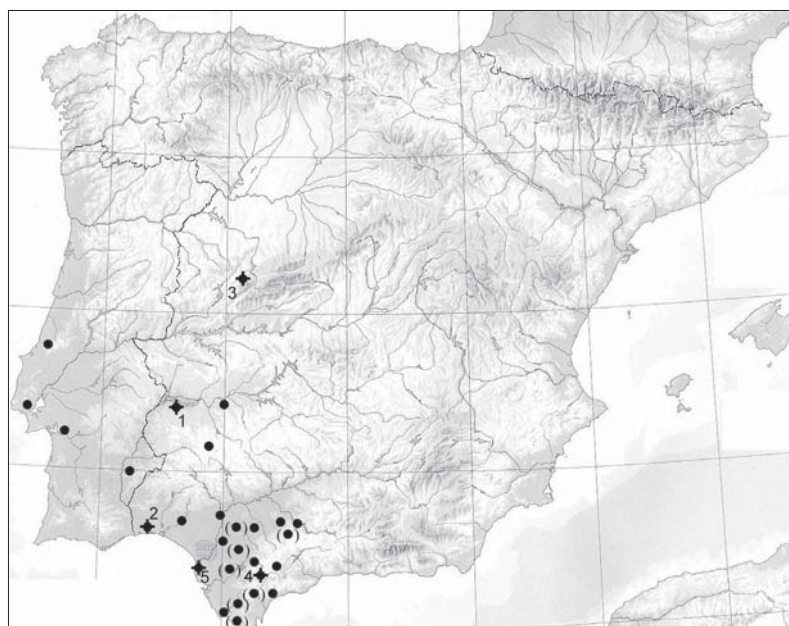


Fig. 5, topónimos en *-ipo* del Sudoeste de la Península Ibérica.

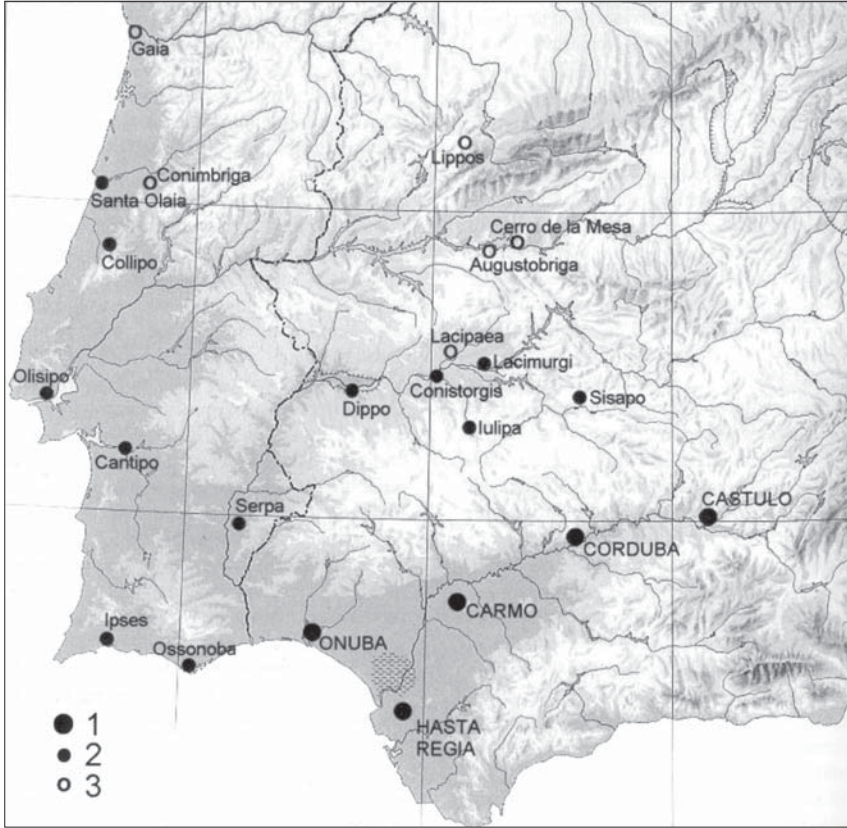


Fig. 6, Colonización ‘tartesia’ del Suroeste de la Península Ibérica. 1: ‘metrópolis’ tartesias; 2: ‘colonias’ tartesias; 3: supuestas ‘factorías’ tartesias.

MAGNA GRECIA	HA	ETRURIA	HA	LACIO	HA	TARTESSOS	HA
Tarento	500	Veio	190	Roma	285	Carmona	50
Agrigento	500	Caere	150	Antium	69	Cástulo	44
Síbaris	500	Populonia	120	Satricum	49	Hasta Regia	42
Crotona	200	Tarquinia	100	Segni	48	Corduba	40
Gela	200	Volterra	100	Ardea	40	Huelva	35
Massalia	75	Vulci	90	Gabii	40	El Gandul	25

Fig. 7, tamaños comparados de las principales ciudades-estado griegas de Occidente, etruscas, latinas y tartesias.